

Libero Zuppiroli

La bulle universitaire. Faut-il poursuivre le rêve américain ?

Lausana, Editions d'en bas, 2010

MÍSTER MARSHALL EN SUIZA

Hace años, cuando un amigo fue a cierta universidad de provincias para ocupar la plaza obtenida en una oposición, sus colegas se ofrecieron a enseñarle el *campus*. «Bueno, esto más que un *campus* es un *hortus*», fue su comentario. Los colegas pusieron cara de póquer.

El *campus* de la Escuela Politécnica Federal de Lausana (EPFL), una de las instituciones más prestigiosas en su género, es efectivamente un *campus*. Un poco fuera de la ciudad, en una campiña bien suiza junto al lago, se van alternando edificios funcionales, de excelente calidad, separados por verdes praderas bien cuidadas. Los interiores, los despachos, van en consonancia, en los comedores se come bien, y no como en otros sitios. Al igual que en muchas universidades americanas, uno se da cuenta no ya de que hay dinero, sino también de que lo gastan con gusto en ello. Lo mismo pasa con el nuevo *campus* de la Universidad de Zúrich.

Aunque se llama como se llama, no es una escuela de ingeniería sin más, ni un doble de la Escuela Politécnica francesa, sino lo que puede llamarse un instituto tecnológico, como su colega (y rival) de Zúrich, la muy famosa ETH donde enseñaron Einstein y Hermann Weyl, o el Instituto Tecnológico de Delft en Holanda, centros de los que salen ingenieros de gran calidad y donde, a la vez, se hace muy buena investigación no solo en ingeniería sino también en matemáticas y física.

Pues bien, a este lugar llegó en el año 2000 un nuevo presidente, nombrado por la consejera (socialista) correspondiente, que no elegido en votación por el personal. Era un médico (!), que además había fundado una empresa de biomedicina. (¿Les suena?) Hubo resistencia, pero poca.

A narrar y comentar un poco lo sucedido, elevándose paulatinamente hacia lo general, está dedicado este librito de Libero Zuppiroli, profesor de Física (experimental) de la Escuela, hoy ya jubilado. Empieza confesando que lo escribió en una larga convalecencia;

estas cosas tienen mucho peligro —acuérdense ustedes de Íñigo de Loyola—, pero aquí ha salido un texto sensato, con espíritu crítico y que hace pensar.

El libro se divide en tres partes. La primera, la más larga y la más interesante para quien escribe, dedicada a la Escuela tras el cambio. La siguiente, más corta, trata de aspectos generales de la educación y llega hasta el Plan Bolonia. La última expone una utopía llamada precisamente así —«Utopía»—, una universidad del mismo tipo pero, *en bueno*, por así decir, cuyas grandes líneas ofrece a nuestra vista.

Empieza describiendo el cambio: llegan nuevos profesores americanos o de formación americana, incluido uno que se presenta *por escrito* como «Yankee, propenso al realismo brutal» (sin ironía, se entiende). Llama la atención, porque esas gentes —uno tiene ejemplos muy próximos— *practican* esa brutalidad, pero no lo *dicen*. Llegan con más empuje las ciencias cognitivas, con una gran figura de la neurofinanza, ciencia que consiste en ese horror en que están pensando ustedes.

Suenan cantos de alabanza al velero *Alinghi* (bien conocido en la Valencia de Camps) y a los nuevos aviones solares. Se fomenta el espectáculo y cita el caso de un profesor que en dos años asiste a 30 congresos y publica 57 artículos en revistas de punta; su currículum incluye 630 artículos, nueve libros, ha sido citado infinitas veces. El lector que no esté en la pomada puede incorporar a su acervo un concepto estupendo, el *spousal accomodation package*, que consiste, claro, en contratar a la señora, algo que otros practican de siempre pero sin preocuparse de conceptualizarlo. Se nos informa de que al final de los noventa fue suprimida la condición de funcionario del personal de las escuelas politécnicas, ya se imaginan para qué.

En tal ambiente proliferan, naturalmente, evaluaciones de todo género: las de los profesores por los alumnos, pero sobre todo las de las universidades y escuelas de ingeniería, que son tratadas de modo bien distinto. Mientras que en el *ranking* de Shanghai Lausana es 15 y Zúrich 41, en el QS Zúrich va la 10 y Lausana es 44. De ahí saca el autor la conclusión, quizá excesiva, de que cualquier cosa es posible.

Un aspecto del libro particularmente interesante para nosotros los europeos es la insistencia en la aparente falta de necesidad para el fichaje del médico estrella: en el decenio 1990-2000 Suiza estaba en la cabeza de todos los *rankings* y la EPFL en pleno éxito. ¿Por qué entonces tomar esa decisión? Respuesta tajante: «Se trataba de poner esa investigación al servicio de las grandes sociedades multinacionales, sobre todo de las que tienen su sede en Suiza».

Otro aspecto también relevante es la importación de los Estados Unidos de la «ideología subyacente» y de los modos y métodos: «ni una sola idea, una tentativa, originales, ni una que haga referencia al pasado europeo e incluso a la realidad local»: «Las dificultades para implantar en Europa el paraíso de las buenas universidades vienen de que universidades y escuelas son todavía concebidas como un servicio público destinado a aumentar las capacidades culturales de la población».

Estos cambios se reflejan, claro, en lo académico, hasta en el tenor de las tesis «Hubo un tiempo en que el doctorado era un trabajo ambicioso que duraba de 5 a 7 años y que encerraba al doctor en la torre de marfil del mundo académico. Hoy es más bien un trabajillo precario que permite a los candidatos pasar el test de sus dotes para la investigación».

Para que no falte nada, la EPFL abre una franquicia en alguno de los Emiratos Árabes Unidos. Y el cambio afecta también, cómo no, a la vida cotidiana de la Escuela.

Según el autor, cuando una institución cambia de rumbo, sus directivos utilizan las tendencias a obedecer a los que mandan de una parte del personal, se trata de convencer a los profesores con experiencia de que son viejos, que el porvenir pertenece a los jóvenes y que esa voluntad se encarna en el jefe (tenga la edad que tenga). Las instrucciones de los decanos americanizados han de cumplirse implacablemente, pero el Servicio de Personal practica la *comunicación no violenta*.

Reina, como no podía por menos de suceder, un ambiente delicioso. En medio de un simpático tuteo universal, se ofrecen cursos para «gestionar el estrés» y también para «conocer y gestionar las emociones a fin de ganar en eficacia». Cuidados físicos y psíquicos, uso de la bicicleta, medidas de la masa muscular y de la grasa, autoayuda de lo mejor. A las gentes importantes se les ofrece un seminario de «Liderazgo transversal», que debe de ser una ciencia estupenda.

Todo esto va llevando a la consideración de los cambios en la educación que hemos hecho en Europa y en especial, claro, a eso que llaman Bolonia, asunto en el que el autor no se anda con chiquitas; es algo que se ha introducido sin consultar y destinado a que «la universidad europea tome el aspecto de una gigantesca cadena de supermercados en la que los nuevos estudiantes, clientes consumidores de saber, podrían tener acceso en todas partes a los mismos productos y alcanzar títulos parecidos».

Considera que este objetivo ha sido en buena parte alcanzado en los diez años transcurridos. Triunfan los estudios más cortos y menos originales, disminuyen las exigencias para obtener el título, la homogeneización se hace, como siempre, por abajo: «El verdadero fin de esta operación universitaria es bajar en un tiempo los salarios de los licenciados. Cuando reina la uniformidad, se contrata al menos exigente con el salario».

La tercera y última parte tiene otro carácter, aunque enlaza de modo natural con lo anterior. En el año 2015 el Parlamento suizo autoriza la creación de una universidad técnico-científica en los locales abandonados por una multinacional en quiebra, justo al lado de la actual EPFL. Quiere ser continuadora de la de Bolonia, pero de la de hace ocho siglos. Se empieza por no adoptar ningún lema publicitario, orientar la enseñanza mediante la discusión como instrumento principal, acabar con las modas intelectuales, volver a unos estudios más largos que permitan asentar mejor los conocimientos, insistir en los desarrollos teóricos y la modelización para estar en condiciones de comprender y predecir. Hay asimismo ambiciones de otro orden «Siguiendo a pioneros más lúcidos como James Tobin o Joseph Stiglitz, nació un movimiento nuevo entre los economistas que intentaba refundar la economía capitalista sobre bases más justas».

Ya se sabe, se ha repetido infinitas veces, y no solo en los colegios religiosos, que es más fácil hacer crítica *destruktiva* que *constructiva*. Los ancianos de mi generación nos acordamos del estupendo libro con que arrancó un jovencito de nombre Fernando Savater: *La filosofía tachada* (Madrid, Taurus, 1970), donde también se hablaba de la universidad y pasaba algo de esto con unas propuestas al final que tenían menos sabor que las ferocidades del principio. Algo parecido sucede aquí, pero ello no quita interés a las sensatas consideraciones del autor.

JESÚS HERNÁNDEZ

Universidad Autónoma de Madrid
jesus.hernandez@telefonica.net